

X

FUNERALES MARAVILLOSOS.

Entre todas las grotescas invenciones producto del cerebro degenerado de ciertos monomaniacos reales, ninguna, si se exceptúa la de que Calígula hizo objeto á su caballo Incitatus, puede compararse á la ridícula parodia de honras fúnebres que Enrique III organizó « por el ojo bien amado de su bien amado miñón ».

Acerca de ellas habíanse comunicado órdenes terminantes a todas las corporaciones y a todos los dignatarios de la corte y de la ciudad, excepción hecha del clero a quien se mantuvo en la ignorancia de la proyectada ceremonia, no precisamente por respeto hacia el mismo, sino por temor a posibles represalias.

Apenas comenzado el día, desde todos los puntos de la periferia parisiense se fueron afluendo burgueses y pecheros, concedores por inexplicable indiscreción de la especialísima manifestación fúnebre que el rey

deseaba realizar, hacía las calles por las que debía pasar el singular cortejo.

Por eso, á la hora en que este último, organizado en el patio del Luvre, comenzó á salir procesionalmente del palacio, puede decirse que todo Paris le esperaba ya estrujándose contra las casas que bordeaban la larga série de vías estrechas que comenzando en la calle de San Honorato para acabar en la de San Antonio, cortaba la ciudad de sud á norte. El buen tío Hipo había lanzado la turba de pelantrines de la Corte de los milagros á la conquista de las bolsas, escarcelas, cintas y adornos de los curiosos amasados en el interminable trayecto de que acabamos de hacer mención.

En algunos sitios particularmente estrechos, como en Santiago de la Carnecería y callejas y callejones inmediatos, la flor y nata de los descuidados debía encontrar terreno abonado para ejercer en grande su leal industria, y esto en las mismas barbas de los exentos, gentes de armas y arqueros, ocupadísimos en mantener libre el paso y en rechazar a derecha é izquierda los mirones, más que en protegerlos contra seguras maniobras de manos expertas en apoderarse del bien ajeno.

Porque es de advertir que aun cuando las instrucciones comunicadas á los truhanes por el emperador de Galilea, quien obedecía á su vez á Salem Kebir, el hombre enmascarado de quien hablamos en el capítulo anterior, tenían un objeto mucho más serio y grave, los leales adeptos de la cofradía, habida cuenta de que nadie les prohibió explorar los bolsillos de los curiosos,

ejercitaban concienzudamente su indiscutible habilidad sin dar punto de reposo a los ágiles dedos.

A las diez de la mañana, la fúnebre procesión se extendía desde la plaza de los Terneros hasta las cercanías del hospital de San Gervasio, sin evocar a su paso la menor idea de duelo; antes al contrario, provocando las cuchufletas y aun injurias con que el pueblo, como los señores y dignatarios que en ella formaban por orden, acogía la indigna mascarada, cuando ya ni el rey ni tampoco las personas que le rodeaban podían oírlos.

Abrían la marcha doce heraldos con coruscantes sobrevestes, seguidos de doce trompeteros que arrancaban a sus instrumentos agudas notas que nada tenían de fúnebres.

Tras ellos, encuadrada por veinte maceros de palacio y precedida y seguida por chambelanes de verga, llegaba la litera conteniendo el relicario de oro damasquinado y endiamantado en el que el teatral dolor de Enrique III hubiera deseado encerrar el ojo de su gran favorito, ojo que como ya dijimos devoró el gato negro que no pudo ser habido. De aquí que la ceremonia resultase una especie de funerales en rebeldía, puesto que el relicario estaba vacío, cosa que ignoraban los invitadós del rey por haberse guardado el secreto más absoluto acerca del acto de canibalismo del fugitivo felino.

La litera, de la que pendía espeso paño de terciopelo azul rezamado de oro, era llevada á hombros de criados palatinos revestidos de hábitos oscuros, mar-

chando tras ella en cuatro filas los reposteros, coperos, oficiales de boca y maestresalas, sosteniendo unos las cintas, empuñando otros hachas encendidas y conduciendo los demás imágenes iluminadas en que aparecía representado el favorito.

Inmediatamente después marchaba Enrique III rodeado de sus íntimos, sereno el semblante, olvidado sin duda del reciente terror que experimentara en presencia del cadáver de Juan du Gaz, y en pos de él los príncipes, los capitanes, los cuatro presidentes del Parlamento revestidos de sus mantos rojos forrados de vero, ó piel de marta cebellina. Luego el señor de Estouteville, preboste de Paris, entre el de los mercadores y el de los regidores; el presidente del tribunal de cuentas, los consejeros, los dignatarios de los cuerpos constituidos.

Y luego los señores galanteando á la portezuela de las literas en que hicieran conducir las nobles damas; los bedeles de las facultades, los escolares y curiales con su obligada escolta de jóvenes pecadoras alegres, turbulentas, habladoras, y muy poco ó nada recogidas.

Venían por último las personas de inferior calidad, gentecillas de escasa ó ninguna significación, burgueses de ambos sexos, mercaderes, terceras, charlatanes, vendedoras de frivolidades que uníanse al cortejo, á medida que éste iba pasando, para gozar hasta el fin del espectáculo, mientras que el resto del público se apretaba en la calle ó en los balcones, cambiando d'icharachos é insultos con los que pasaban, porque el

escandaloso duelo era acogido por los parisienses como excepcional regocijo cuyo recuerdo debía perdurar, y de la asistencia al cual sería cosa de enorgullecerse en los tiempos venideros.

El público de mirones, que comentaba la ausencia del marqués de Villequier, apresuróse, apenas pasado el cortejo, á dirigirse por distintos caminos hacia la calle de San Pablo, con objeto de ver entrar en la iglesia la litera. En la esquina de la calle de las Barras y de la puerta Baudest, bajo el balcón de un primer piso que formaba una especie de tribuna, hallábase maese La Palice, hostelero de la calle del Echaudé, propietario del establecimiento que llevaba por enseña *Las tres coronas*, en animada conversación con la regatera de la Cruz del Trahoir á la que contestaba distraidamente, por entender que era más lo que cada cual podía decir que saber acerca del espectáculo del día.

— ¿Creeréis que esa hechura de Satán, ese brujo maldito nos impedía dormir desde hace...

— ¿Conocéis, comadre, al barón Cortomontel? — dijo él interrumpiéndola.

Y ella, como si nada oyese :

— ... Pues desde que se instaló en la calle de las Viejas Estufas. Pero ayer...

— ... Anteayer llegó el barón con un su amigo, el barón Botan, y ¿sabéis lo que llevaba tras él?

— ... Digo que ayer por fin el fuego lo destruyó todo en casa de ese condenado.

— ¿Un condenado? — gritó maese La Palice quien sólo había oído esa palabra y se apoderaba de ella como

si fuese una respuesta á lo que él decía. — No, buena mujer, no era un condenado, sino un mulo.

— Yo digo lo que han visto mis propios ojos ; — gritó exasperada la regatera. — Era de carne y hueso, como vos y como yo.

En torno de los contradictores que no se entendían habíase arremolinado la gente, que miraba el desfile de la procesión, pero que se entretenía al mismo tiempo oyendo las divagaciones de ambos testarudos, y aun lo que decían las personas que ocupaban el balcón bajo el cual producíase el incidente que narramos.

En dicho balcón agitábase la señora Mirtila, la Pulpa por mal nombre, ilustre alcahueta, dueña de la casa de las Miñonas y secretamente afiliada á la policía general del reino. Dijérase que en aquella tribuna recibía en corte pues en ella aparecía rodeada de personas jóvenes que preferían charlar tranquilamente y sin apreturas en un balcón, aun cuando fuese con la Pulpa, que sufrir en la calle las impertinencias y las promiscuidades de la multitud.

Allí estaban en efecto la señorita de Limeuil, la de Saint Remy, y con ella la condesita Ayela de Givors, la que inclinada hacia la calle complaciase en escuchar el quid proquo en que estaban enzarzados, á dos pasos de ella, la regatera y el hostelero de *Las tres coronas*.

Precisamente en aquel momento replicaba maese La Palice :

— Puede que estéis hecha como un mulo, comadre, pero la verdad, tendría que verlo para creerlo. Por lo que á mi respecta...

— Por lo que á vos respecta compadre, échase de ver enseguida que sois un majadero. Repito que el hombre ha muerto.

— ¡Muerto! Claro que sí... Ahora comprendo... Todo París conoce á ese mulo, buena mujer. Se le busca por todas partes porque conduce un cadáver, un muerto, como decís, escondido bajo un montón de trapos. Pero mis barones...

— ¿Acabarás de una vez con tus barones?

— De ningún modo. Digo que esos barones, cuyo desahogo es grande...

— Vamos á ver, — gritó la regatera como solicitando el testimonio de la multitud; — ¿hay quien me compre un lío? ¿No hablaba de un mulo este buen hombre?

— ¡Sí, sí! — dijeron varias voces. — De un mulo ha hablado.

— Pues en ese caso, ¿quién es el que enreda las cosas, y qué vienen á hacer aquí esos barones cuando yo hablo de un brujo á quien se ha llevado por fin su amigote el diablo?

Hubo entonces un concierto de risas, gritos y alegres aclamaciones, del que se aprovecharon dos recién llegados para explorar los bolsillos de los más distraídos.

Ya habían hecho Asadura y Torticoli amplia cosecha en anteriores exploraciones; sin embargo, embriagados por su fácil triunfo, comenzaban á descuidar los elementos de la prudencia.

Sin azorarse por la protesta de la regatera, el honrado hostelero continuaba, como deseoso de demostrar lo bien fundado de su argumentación:

— Digo que es grande el desahogo de esos barones porque partiéronse de mi establecimiento de *Las tres coronas* sin pagar su escote... Aquí, en el bolsillo, tengo las cuentas, y ahora mismo vais á ver...

El hombre se interrumpió para lanzar un estridente llamamiento.

— ¡Ayuda, buenas gentes! ¡Sus al ladrón! ¡Que no se escape! ¡Creo que los tengo!...

Decía esto porque en el momento de meter las manos en los bolsillos de su hopalanda para buscar en ellos las cuentas, había encontrado no los papeles, pero sí dos diestras extrañas, entretenidas en explorar las profundidades de aquéllos.

Capturados los delincuentes, comenzaban apenas á balbucear confusas explicaciones con objeto de salir del mal paso en que habíanse metido, cuando hasta aquel sitio llegó rumor de batalla, que fué causa de que se hiciera el silencio como por encanto, entre la multitud un momento antes tan vocinglera.

Durante algunos segundos no hubo medio de hacerse cargo de lo que ocurría, oyéndose á distancia gritos de furor, toques de trompetas, ruido de armas, y la voz formidable del miedo, que producía rumores como de mar encrespado.

Luego, de pronto, la multitud desbandada, afluyó, con la rapidez absorbente de una marea de equinoccio, procedente de la llamada punta de San Antonio. La Pulpa y Ayela, desde el balcón, pidieron noticias al mismo tiempo.

— ¿Qué ocurre, señor procurador?

— ¿Qué es lo que pasa hacia San Pablo, señor agente de las gabelas?

— ¡El rey ha sido atacado!

— ¡Han capturado á su majestad!

Tales fueron las contestaciones recibidas por las preguntonas de boca de los prudentes burgueses que pasaron sin detenerse, atropellando á maese La Palice y librando por carambola y sin saberlo á Torticoli y Asadura, quienes, como es natural, se apresuraron á escabullirse.

.....
 Cuando al salir de *la Tripa de Concepción* se encontró Bernardo de Arma en el Puenteillo hubo de detenerse vacilando, y sin saber si debía dirigirse hacia la derecha ó hacia la izquierda. De este último lado perfilábanse los techos puntiagudos y las almenas de la puerta de San Dionisio, y á la derecha extendíase la calle que había recorrido ya la víspera, aun cuando Bernardo no podía acordarse de esta circunstancia, pues como el lector recordará sin duda, hubo de dejarse conducir por sus fieles amigos en estado de inconsciencia y muy debilitado por la pérdida de sangre.

Por este lado, y con dirección al centro de la ciudad, marchaba la columna andrajosa vomitada por la Corte de los milagros, deteniéndose por momentos, y reanudando enseguida su marcha tortuosa y claudicante.

— Por ahí deben andar Matraca y Cortomontel, — pensó Bernardo dirigiendo su montura hacia aquel lado, en el momento mismo en que detrás de él se dejaba oír la voz de Fiamma.

— ¡Caballero! ¡Señor caballero! — decía la joven. — ¿No me dijisteis que hoy debíais encontraros con Bar Cobral?

Volvió Sed de Amor la cabeza y pudo ver á la simpática infiel que habiéndole alcanzado, encaramábase en un poyete para mejor hablar con él.

— En efecto, — concedió el joven. — Pero como su casa ha sido reducida á cenizas, no sé dónde encontrarle.

— Pues yo puedo llevaros hacia él.

— Bien está; pero es el caso, bella y talentuda Fiamma, que yo deseo ante todo enterarme de una cosa. Quiero saber cuál es la presa sobre la cual ha lanzado el tío Hipo su jauría.

— ¡Ah, señor caballero! — dijo Fiamma en tono de cariñoso reproche. — Pronto habéis olvidado mi advertencia. Hoy van á llover palos en la calle de San Antonio .. ¡No vayáis por allí!

— Lo malo es, adorable Fiamma, que los palos ejercen sobre mí la atracción del imán; me gusta meterme en los sitios donde se reparten. Qué queréis, nadie es perfecto en este mundo, y yo, como todos, tengo mis defectos...

— Es lo bastante que se os aconseje la prudencia para que al punto deis en cometer una locura.

— ¡Una locura! — repitió Bernardo; — ¿pero tan serio es el asunto? En ese caso, conste que cometeré la locura.

— ¿Es cosa decidida?

— ¡Y tanto, deliciosa niña, no lo dudéis! Sabed que

yo he nacido, — añadió Bernardo bromeando — para mediar en todo acto de fuerza injustificada. Creo que nadie puede censurar, antes al contrario, que yo aporte la ayuda de mi brazo á los inofensivos paseantes que tendrán que sufrir las vejaciones de que se disponen á hacerles objeto los cofrades de la Corte de los milagros.

Aún no había acabado de hablar Bernardo cuando Fiamma, con ligero esfuerzo, se colocó en la grupa de Djaulia.

— Siendo así, — dijo enseguida, — en marcha caballero. Una enfermera debe vigilar á su enfermo, ¿no es así? Bueno, pues yo os acompaño.

Aceptando la aventura como una diversión, Sed de Amor oprimió con las rodillas los lomos de su yegua, que partió al galope, aun cuando hubo de moderar el paso al dar vuelta á Santa Catalina para entrar en la calle de los Lombardos porque de no hacerlo así hubiera estropeado de veras á muchos de los falsos estropeados que ocupaban la vía á todo lo ancho de ésta.

— En suma, — preguntó el de Arma á su compañera, — ¿qué es lo que van á hacer todos esos hampones? ¿Cuál es la tarea que les está encomendada?

— Puesto que voluntariamente os ponéis al servicio de todas las causas nobles, — dijo Fiamma, — sabed, señor caballero, que por esta vez no ha de seros permitido oponeros, como pretendéis hacerlo, á la acción de los truhanes, porque el fin de esta no puede ser más noble.

— ¿Es posible? Yo creo, hermosa Fiamma, que en este momento os burláis de mi donosamente.

— No, caballero. El movimiento de esos hombres está dirigido por un gran patriota, por un amigo del pueblo, por un generoso visionario que sueña con una Francia pacificada y regenerada.

— Simpático es ese hombre, — exclamó Bernardo — de ser tal como decís. — ¿Cuál es su nombre?

— Para mí es el « maestro »; para vos el amigo encontrado en las gargantas del anti-Libano.

— ¡Bar Cobral!

— Solo contra todos, proscrito pero temido, ese hombre se ha impuesto una tarea sobrehumana, y está convencido de que cumple una santa misión.

— ¡Pero con ayuda de los truhanes! — exclamó Bernardo un tanto displicente.

— El instrumento es lo de menos, caballero.

— Verdad es, hermosa amiga; el fin justifica los medios. Pero aun nó me habéis explicado...

— Escuchad. Por orden de Salem Kebir el tío Hipo ha pronunciado un discurso que puedo repetir de memoria puesto que en él he trabajado. Dice así: « Súbditos del reino de Argot, hermanos de la curia, rojos y sucios, vosotros todos que ambicionáis el apando legítimo y los tragos interminables, vosotros á quienes acaba de infligirse un insulto grosero prueba irrefutable de que se pretende despojaros de vuestros seculares derechos, oid este aviso. Esta mañana debe ofrecerse el espectáculo de una mascarada impía, hijos de Bohemia. El que lo es de la italiana, va á pasear por las calles, la seda, el terciopelo, los bordados en oro, las sartas de perlas finas, las pistolas y los escudos... Todo

eso os pertenece, zarramplines y bellaconas; yo os lo abandono en absoluto, con la condición de que á favor del tumulto y del saqueo, unos cuantos gentileshombres amigos nuestros puedan apoderarse de la persona del rey...

— ¡Apoderarse del rey! — exclamó Sed de Amor; — puede que sí; pero después, ¿qué harán con él?

— Tonsurarlo.

Bernardo hizo una mueca significativa.

— Mala conquista para un convento, — dijo. — ¿Y los truhanes van á esa fiesta? A propósito, ¿qué es lo que se celebra? ¿Que santo es hoy?

— San Tuerto, señor caballero. Imaginaos que á su majestad se le ha ocurrido la idea de hacer llevar con inusitada pompa á la iglesia de San Pablo el ojo que vos hicisteis saltar sin ceremonia alguna, de la órbita del señor de Maugiron.

— ¡Ventre del diablo! ¿Qué es lo que decís, mi amiga? Un rey capaz de locura semejante, no puede, no debe llevar sobre sus hombros el manto flordelisado, y no he de ser yo quien impida lo que contra él se proyecta; pero os advierto que no toleraré que con el pretexto de apoderarse de su persona se moleste en lo más mínimo á los pacíficos curiosos.

Luego de atravesar varias callejas llegaron el caballero y Fiamma á la calle grande de San Antonio, ocupada por completo por una multitud que impacientábase esperando la aparición de la cabeza del cortejo.

Bernardo echó pie á tierra y luego de ayudar á su compañera á hacer lo mismo, instalóse bajo el sobra-

dillo de un tendero de drogas y comestibles, desde donde le era fácil abarcar con la vista el terreno escogido para teatro de la próxima algarada.

Durante el trayecto que acababa de recorrer, Bernardo no había echado la vista encima á Matraca ni á Cortomontel, como él esperaba; en cambio hubo de dejar atrás á lo más granado de la Corte de los milagros... Grande fué pues su sorpresa al darse cuenta de que en la calle de San Antonio hallábase ya reunido considerable número de piojosos de caras patibularias.

Bernardo ignoraba por lo visto que la metrópoli de los pordioseros, situada cerca de las Arrepentidas, tenía en París numerosas sucursales, los habitantes de las cuales eran los que habíanse apresurado á tomar posiciones, y mataban el tiempo consumiendo las bebidas alcohólicas que los vendedores de ocasión ofrecían á bajo precio.

En el momento preciso en que comenzaba á dejarse oír en la lejanía el estridente sonido de las trompetas del cortejo, hubo de observar Bernardo una particularidad que llamó no poco su atención. Entre los grupos formados á su izquierda y que se apoyaban en las tapias del convento de Santa Catalina, circulaba el hombre enmascarado á quien viera aquella misma mañana.

Aquel debía ser Salem-Kebir.

Siempre con la cara tapada, el enigmático personaje disponía con arte sus huestes, acoplando los truhanes con otros hombres de militar prestanta. Disponíase ya Bernardo á ir hacia él, para acercársele, cuando su mi-

rada hubo de fijarse en otro hombre, de elevada estatura, que acababa de aparecer enfrente del sitio en que él se hallaba, y que, como el otro, trabajaba los grupos escalonados en el lado opuesto de la calle, junto á la fachada posterior del Hotel del gran Preboste, aunque por el contrario de lo que ocurría con Salem Kebir, no parecía disponer de ningún hombre de guerra para secundarle.

A la vista de este nuevo personaje una oleada de sangre invadió el cerebro del caballero.

¿Era aquel hombre Gaultfarault, el rey de Thunes, ó bien su falsa emanación, esto es, el gran marqués, desconocido gracias al poder de las tijeras y á la habilidad de Jonás el peluquero?

Tal fué la pregunta que Bernardo se hizo mentalmente, pregunta que quedó contestada al observar que un perro de aspecto miserable seguía paso á paso al Coesre aparecido, y sobre todo al reconocer en dicho perro al escalador de murallas, al inteligente Diógenes, bandido cuadrúpedo, y único superviviente de la famosa cuanto imaginaria partida del temido Cortomontel.

Entonces quiso Bernardo atravesar la calle, pero ya no pudo; de tal modo habíanse precipitado los acontecimientos en pocos segundos.

Los maceros hendiendo la multitud, abrían paso al cortejo.

Intimidados por la magnífica pompa, los truhanes permanecían indecisos, no obstante las exhortaciones de sus acompañantes de aire guerrero; y probable-

mente Enrique III y sus señores habrían franqueado sin incidente alguno el peligroso paso, á no ocurrir un incidente cómico que proporcionó á los conjurados ocasión de comenzar la proyectada acción á favor de un ligero tumulto.

Fué ello que en el preciso momento en que el grupo formado por los miñones que rodeaban á su señor y amo iba á doblar la esquina de la calle de San Pablo, inició el rey un movimiento de retroceso, y extendiendo el brazo en dirección á la Bastilla, balbuceó, descompuesto, estas palabras:

— ¡El Santo Espíritu nos valga, señores! He ahí un aparecido que á nosotros se acerca.

Siguieron todas las miradas la dirección indicada por Enrique, mientras que la cabeza del cortejo penetraba en la iglesia, y los que formaban en último término, que no se habían detenido chocaban contra el centro inmovilizado en medio de la calle. Los miñones cambiaron rápidamente sus impresiones.

— Como hay Dios, — decía Saint-Megrin — que si no hubiéramos visto caer al caballero de la Rougie...

— Sí, sí no nos constara que ya no existe... — añadía Quelus.

— Podríamos creer, — exclamaron dos ó tres al mismo tiempo — que ése que se acerca es Juan du Gaz.

Era en efecto Juan du Gaz el que se acercaba, caballero en el mulo de Matraca. El mago rojo había despertado de su sueño letárgico, y ya llevaba algunas horas recorriendo la ciudad, sin saber siquiera dónde

iba, de todo punto inconsciente, vacío el cerebro, pesados los párpados, aún bajo el penoso efecto del bebestraje que en su copa vertiera la hermosa Fiamma.

A medida que el macabro caballero avanzaba, sin darse de ello cuenta, iba retrocediendo Enrique III, quien no alcanzaba á comprender en virtud de qué prodigio llegaba á su presencia aquel cadáver demoníaco.

¿Qué significaba aquello? ¿Era acaso que los muertos todos lograban alcanzar en la región del no ser los medios sobrehumanos indispensables para revivir, ó por lo menos para hacerse entender de los vivos?

Al ver adelantarse á du Gaz, á quien creía muerto, parecíale á Enrique ver una vez más los ojos vidriados del marqués de Villanueva, aquellos ojos que en el decurso de la noche precedente viera él fosforescer entre las poderosas mandíbulas del perrazo muerto, y en los cuales habíale sido dado leer las más siniestras predicciones.

Habían cesado las risas como por encanto; los pocos momentos antes tan locuaces, callaban ahora, y al ensordecedor barullo del minuto anterior había sucedido un silencio de plomo. Todo el mundo, presintiendo que iba á pasar algo, empujábbase para ver mejor. El público agolpábase asimismo en las ventanas, y era tal la emoción general en presencia de la extraña actitud del rey, que hasta los mismos conjurados vacilaban.

Los truhanes esperaban oír el santo y seña para proceder con arreglo á las instrucciones que recibieran; pero Salem-Kebir cruzado de brazos y envuelto en el

amplio manto que hacía de él un jefe anónimo, guardaba un mutismo tan obstinado como incomprensible.

Era que en aquel instante trágico revivía su vida pasada é interrogaba su conciencia; dijérase que esperaba á que se produjese una intervención divina que hiciera estallar el explosivo por él preparado.

Mientras tanto, el mulo de Matraca, el sesudo Rucio, despreocupado é indiferente á las manifestaciones de la popularidad, continuaba su paso cansino. Hubo de distinguir, entre las gentes que detrás del rey formaban en el cortejo, á unos cuantos portadores de verdes palmas; y como su estómago hallábase vacío, regocijábbase el famélico animal con la perspectiva de aquella verdura tentadora.

Chocando con la muralla humana que cerrábase tras él, el rey Enrique vióse de pronto en la imposibilidad de seguir retrocediendo. Entonces, con los ojos desorbitados y extendiendo las manos hacia adelante, gritó con voz que el miedo hacía temblorosa:

— ¡Vade retro!

Y he aquí que de la calle de San Pablo, libre en aquel momento, surgieron dos caricaturas sorprendentes; eran Cortomontel, desgarrado matamoros, y el orondo y pesado Matraca. Bernardo los vió, y deseoso de no perder un detalle de la escena que sin duda se preparaba, montó en Djaulia, para mejor dominar el teatro de los sucesos.

Oportuno estuvo el caballero.

Como que precisamente en aquel instante se encontraban frente á frente, reconociéndose en el acto,

como es natural, Cortomontel y su perro Diógenes por una parte, y por otra Matraca y su bien amado Rucio. Ladró el perro, el exbandido juró como un condenado acabando por regocijarse de dar una vez más con su fiel compañero de malandanzas, y Matraca se quedó como quien ve visiones al reconocer en el hombre montado sobre su Rucio al caballero muerto en el Prado de los Clérigos y por él conducido á través de la ciudad, bajo un montón de harapos.

El hombre creyó que lo habían engañado miserablemente y su indignación se desbordó.

— ¡Ventre de pulga! — gritó con gran algazara de los innúmeros curiosos que no deseaban más que encontrar ocasión de regocijarse. — Lo que se ha hecho conmigo acción es vil y faltada de delicadeza. Se me prometió una prima por conducir un difunto, y he aquí que el difunto se resucita para apoderarse de mi mulo, una bestia de precio, pero de mucho precio...

Apoderándose de la brida de Rucio y gritando como si lo desollaran, continuó diciendo en medio al general regocijo.

— Pero apearos habéis, señor difunto mal matado, ó como me llamo Matraca que contra vos demando *auxilio y al saqueo*.

— ¡Navidad! ¡Navidad! — respondieron en el acto mil voces.

Las últimas palabras pronunciadas por Matraca constituían, sin saberlo éste, y por una especie de incomprendible fatalidad, el santo y seña tan esperado por los truhanes.

Acababa de producirse la intervención milagrosa esperada por Salem-Kébir.

La anchurosa vía quedó convertida en un instante en campo de la batalla. Burgueses y villanos, aullando, aterrorizados, huían por todas partes, tropezando, empujándose, cayendo, con lo cual disminuía como por encanto el espesor de la muralla humana que poco antes interponíase entre los sediciosos y la persona del rey.

No era posible la duda. Dirigidos y empujados por los hombres de guerra afectos al duque de Guisa — por lo menos así podía creerse pues gritaban « ¡París por Lorena! » — los energúmenos avanzaban con el evidente propósito de apoderarse del de Valois á fin de ponerlo entre las manos de la duquesa de Montpensier.

Grande era el peligro que amenazaba en aquel instante á la dinastía, custodiada por escaso grupo de sus favoritós cuya bravura no habría podido oponer seria resistencia á la furiosa avalancha. No quiere esto decir que la hermana de los Guisa fuese capaz de llegar hasta el regicidio; pero la batalladora Egeria de la Liga llevaba siempre pendientes de su cintura las tijeras con ayuda de las cuales había hecho promesa de tonsurar á Enrique III.

Sed de Amor, vigilado por Salem-Kébir y por Fiamma, presenciaba la batalla como espectador indiferente. La suerte que pudiera estarle reservada á aquel príncipe inútil y hasta perjudicial, tenía completamente sin cuidado, hasta el punto de que hubo de interesarle mucho más el incidente du Gaz-Matraca. Olvidándose

del sitio en que se encontraba, cerrando sus oídos á los rumores que hasta él llegaban, quiso reconcentrar su pensamiento en Solange.

Una mano que se agarró de pronto al arzón de su silla, llegó á sacarle de su ensimismamiento.

— ¿Cómo es eso? — dijo junto á él una voz grave que le hizo estremecer; — ¿me habré equivocado acaso al juzgarte, joven? Nuestro señor se halla en peligro y tu permaneces ahí, con los brazos cruzados...

Volvióse Bernardo y reconoció en su interpelante al rey del Argot, al mismo á quien estuvo á punto de confundir con el gran marqués.

— Yo no tengo ninguna deuda de gratitud con ese maniquí flordelisado; — contestó desdeñoso el joven.

Y el hombre de la máscara, que había llegado á colocarse también cerca de él, exclamó al oírle:

— Muy bien dicho.

— Sí, caballero; — intervino Fiamma. — No debéis mezclarlos en esta aventura.

El supuesto Gaultfarault parecía acometido de gran indignación.

— ¡Maniquí flordelisado! — repetía gruñendo. — ¡Negra tienen el alma, por Dios vivo, los jóvenes del día!

Fueron pronunciadas de tal modo estas viriles palabras, que Salem-Kébir y Bernardo hubieron de estremecerse.

— ¡Cosa más particular! — exclamó el primero.

Y el segundo murmuró por su parte:

— ¡Es extraño!

La voz del rey de Thunes se hizo ruda y severa para pronunciar estas frases:

— Tu divisa, joven, es más elocuente de lo que lo eres tú. — Y luego, en tono más bajo: — Dos noches hace, hijo mío, que en nombre de la mujer á quien amas te ví desenvainar la espada para emplearla en tarea menos meritoria que ésta.

Palideció Bernardo y murmuró al oído de su interlocutor:

— Según eso, vos sois el señor marqués...

— ¡Silencio, incrédulo! No es cosa de perder el tiempo en discreteos cuando Enrique de Valois se ve amenazado por el puñal de los traidores. Escucha, y créeme, porque por el santo sudario te juro que si de mi depende tu dicha, has de ser dichoso. ¡Pero salva al rey, joven, salva al rey!

— ¿Dónde debo conducirlo? — preguntó Bernardo.

— A la iglesia.

En aquel momento quiso intervenir Salem-Kébir, aunque inútilmente. Más fácil le hubiera sido contener un huracán.

— ¡Arma, Arma! — gritó el caballero.

Los ijares de Djaulia sintieronse al dolor de las espuelas, y la blanca yegua, en infernal galope, derribando á su paso de tromba truhanes y ligeros, se precipitó en la masa de combatientes.

Los miñones, aplastados por el número de los atacantes, vencidos por ellos é imposibilitados para continuar la lucha, asistían en aquel momento impotentes á la captura de su amado soberano, á quien un gigan-

teseo mercenario acababa de tomar por la cintura preparándose á cargarlo sobre sus hombros.

Una voz formidable sonó entonces.

— ¡Arma, Arma!

Dijérase que pasaba una bala de cañón.

Oyéronse vociferaciones, aullidos y blasfemias y roncós estertores.

Protegido por la taza de su espada el puño del caballero cayó sobre el morrión del alemán mercenario, aplastando á un mismo tiempo el continente y el contenido.

Fué á tierra el gigante, pero no sucedió lo mismo con el príncipe porque un puño de acero hubo de levantarlo, colocándolo cómodamente sobre el cuello de Djaulia, la yegua blanca.

Esta reanudó su carrera, aunque en sentido opuesto, y menos de dos minutos después los heraldos de armas, trompetas, maceros, chambelanes y cuantos oficiales de palacio se hallaban en la nave de la iglesia de San Pablo reunidos en torno á la urna que debía contener el ojo de Maugiron, vieron mudos de sorpresa cómo un jinete inverosímil subía al galope los escalones del peristilo, cómo se avanzaba alta la cabeza por la nave sonora, y cómo volvíase tranquilamente á la calle luego de depositar con cuidado bajo el armiño del regio dosel á Enrique III desmayado, pero sin un rasguño.

XI

EN EL QUE BERNARDO, INSULTADO, PERDONA

Durante todo aquel día, la angustia y la consternación pesaron sobre los habitantes de la buena ciudad de París oprimiendo dolorosamente los ánimos. De tres ó cuatro días á aquella parte vivíase en la capital de Francia en perpetuo malestar por efecto de los ridículos rumores que circulaban de boca en boca; y la gravedad del atentado de que aquella misma mañana y *coram populo* fuera objeto la persona de su majestad, era causa de que los menos pesimistas pensaran sin gran satisfacción ni confianza en lo que el porvenir podía tenerles reservado.

Lo mismo si la abortada sedición había sido preparada por Enrique de Guisa que si era obra exclusiva de los truhanes, de la ejecución de tan extremas resoluciones no era dado esperar otra cosa que una nueva recrudescencia de las luchas intestinas que desmoraliando á los unos, agitando á los otros y entristeciendo